



Benjamín Padilla

(Pseudónimo: Kaskabel)

△▽

Nuestra mala suerte¹

Sería tarea de romanos y hasta de «romanas», estudiar los múltiples defectos de nuestro carácter de mexicanos que viene a ser origen de nuestro estancamiento, obstáculo de nuestra prosperidad y causa de la brujería en que miramos navegar muchas veces a nuestros paisanos.

En efecto. Es casi un refrán mexicano decir a toda hora: ¡Qué buena suerte tienen los gringos! El cual refrán se funda en que un negocio en manos gringas florece y en manos de mexicanos se lo lleva la trampa.

¡Qué buena suerte! No es cuestión de suerte, amigos míos: es que el gringo se pone a trabajar como los hombres, dedicándose a él en cuerpo y alma mientras que cuando un mexicano tiene un negocio, lo deja en manos de dependientes, porque cree que ser *patrón* o jefe, es lo mismo que no trabajar, y pasarse la vida con los pies arriba de una mesa, rascándose la barriga...!

Y veamos la vida desde otro punto, dejando a un lado y para otra ocasión el que se refiere al trabajo.

Supongan ustedes que un gringo y una gringa se casan.

A lo sumo, hacen un viaje de bodas de tres días. Vuelven. Él se pone a trabajar; ella toma posesión de su casa, en donde se le ve con las mangas hasta los codos, muy trabajadora, muy hacendosa, para que el marido encuentre siempre limpio aquel nido de amor, que es al mismo tiempo el descanso de sus fatigas... Su vida es de tranquilidad y de sosiego: se ve que son felices, pero sin grandes alharacas, como que comprenden que esas dichas son más bien para saborearse en lo íntimo que para presumir en público...

Veamos ahora a dos mexicanos.

Supongamos que no la saque de su casa a la fuerza, con el juez civil, sino que todo se arregle pacíficamente.

Comienza por echarse «drogas» de todos géneros al grado de quedar vendido por diez años, lo menos: hace un viaje de bodas en el que gasta todas sus economías y que dura un mes, con menoscabo de sus negocios; vuelve y casi no va a la oficina por estar chiquiando a la mujer, porque dizque es ¡muy amoroso!

En cuanto a ella, que casi siempre cree que el matrimonio es para descansar y no volver a hacer nada, se la pasa leyendo novelas, tejiendo «una colcha de cuadros» o yendo a visitar todos los días a las amigas solteras. Noche a noche y, sobretudo, los domingos, sale aquella pareja hablándose al oído, con las manos tranzadas y muy juntos, ¡más bien porque los vea la gente que porque sientan ganas de ir en esas fachas!

¿Qué resulta de todo esto?

Resultan dos cosas. Que por lo mucho que desatiende sus negocios, el mexicano pronto anda hablando con las piedras porque no hay *bisnes* que anden solos.

Y por el mucho amor, a los tres años tienen tres parejas de cuates que ya los vuelven locos.

Después de cinco años podréis ver el matrimonio gringo salir de paseo un domingo: van los dos muy aseados, muy catrines, con dos rubios niños que caminan delante de ellos, riendo y jugando.

Y en cuanto al matrimonio mexicano, él todo chamagoso, con los bigotes caídos, los zapatos sin tacones y la corbata como escapulario. Ella medio desfajada, con el chongo que parece estropajo y la cara de hambre.

Adelante de ellos caminan nueve criaturas con las medias caídas y la cara chorreada y los vestidos rotos. Al lado una pilmama con una criatura en los brazos y la esposa... ya en mal estado.

Y luego solemos decir: «¡Qué mala suerte tenemos los mexicanos».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

